

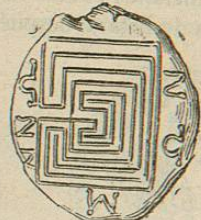
ciudades, Cidonia, Gnosa y Gortina. Dos campañas necesitó el procónsul para hacer una provincia romana de este último asilo de la libertad griega; libertad poco honrosa, que patrocinaba en Creta muchos más vicios que virtudes.

Metelo añadió un nuevo sobrenombre á todos los que su orgullo de raza se había dado. Pero su expedición no exterminó la piratería. Expediciones aisladas no podían tampoco destruir enemigos de tal naturaleza: expulsados de un punto, reaparecían en otro, y gracias á la destreza de sus pilotos y á la ligereza de sus barcos, se burlaban como los guerrilleros españoles de todas las persecuciones.

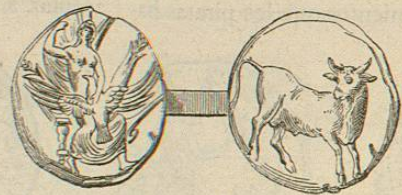
Lo cierto es que los convoyes de Sicilia y de Cerdeña no llegaban ya, y con esto cesaban en Roma las distribuciones gratuitas. Por algunos sestercios vendía el pueblo



Moneda de Gnosa (2)



Moneda de Gnosa (3)



Moneda de Gortina (4)



Moneda de Epifanía (5)

sar á los peligros de la guerra tan preciosa vida. «Porque, en fin, si llegáramos á perderlo, ¿qué otro general podría reemplazarlo?»

«Tú mismo,» contestó el pueblo á una voz. Cátulo guardó silencio, después de haber aconsejado á los senadores que se aseguraran una retirada en algún monte Sagrado, donde como sus mayores pudieran defender la libertad. La multitud dobló las fuerzas que el decreto concedía al general, quinientas galeras, ciento veinte mil hombres de á pie, cinco mil de á caballo y autorización para tomar del tesoro todo el dinero que quisiera. Uno de los cónsules, Pisón, que hizo todavía alguna oposición, se atrevió á decir á Pompeyo: «Si quisieras imitar á Rómulo, acabarás como él.»

El pueblo quiso hacerle pedazos, y á causa de su veto, el tribuno Trebelio estuvo á punto de ser destituido. Pero Pompeyo respetaba demasiado las formas para atentar violentamente á la dignidad consular y tribunicia. Un siglo antes no hubiera enviado Roma ni siquiera un cónsul contra tan miserables enemigos, y ahora se le entregaba todo á Pompeyo, el ejército, el tesoro, el poder soberano. El pueblo tenía hambre y se curaba bien poco de la libertad. César, á quien no desagradaba ver al pueblo habituarse á la autoridad monárquica, había apoyado la proposición con el mayor ahinco.

Á la nueva de este decreto, abandonaron los piratas las costas de Italia, y bajó súbitamente el precio de los víveres. Con esto gritaba el pueblo diciendo que sólo el nombre de Pompeyo había bastado para terminar la guerra. Pompeyo eligió por tenientes veinticuatro senadores que habían mandado ya en jefe, dividió el Mediterráneo en trece regiones y asignó una escuadra á cada división. En cuarenta días

(1) Velejo Patérculo, II, 31, dice cincuenta millas y Dionis. *fragm.*, tres jornadas de camino.

(2) El Minotauro. Tetradracma de Gnosa (Gnosa ó Creta).

(3) El Laberinto. Reverso de una moneda de Gnosa.

(4) Europa teniendo un águila junto al plátano en que se había detenido el toro divino. Desde aquel día no perdió ya sus hojas el árbol sagrado. Reverso, el toro retozando. Tetradracma de Gortina.

Para las leyendas cretenses, véase: *La Mythologie de la Grèce Antiquaire*, por M. P. Decharme, cap. VIII, p. 616 y sigs.

sus sufragios; por cinco modios de trigo al mes dió el imperio. El año 67, el tribuno Gabinio propuso que uno de los consulares fuera investido, por tres años y con autoridad absoluta é irresponsable, del mando de los mares y de todas las costas del Mediterráneo hasta 400 estadios tierra adentro (1). Este espacio comprendía gran parte de las tierras de la dominación romana, de las naciones más considerables, de los reyes más poderosos. Los nobles se espantaron de estos inusitados poderes, que se destinaban á Pompeyo, bien que Gabinio no hubiera pronunciado su nombre: intentaron dar muerte al tribuno, y uno de sus colegas opuso su veto. Sin embargo, tal era su humillación que Cátulo no supo qué decir al pueblo, sino que era menester reservar á tan ilustre personaje y no exponer sin ce-

limpió el mar de Toscana y de las Baleares. En el Mediterráneo oriental tampoco se resistieron en ningún punto los desprovistos piratas, y venían en multitud á entregarse con sus mujeres, con sus hijos y con sus barcos. Pompeyo les daba el encargo de perseguir ahora á sus antiguos compañeros.

Sin embargo, los más bravos llevaron sus riquezas á los puertos del monte Tauro y reunieron sus barcos en el promontorio *Coracesio*. Vencidos y después forzados en una plaza de las cercanías, donde se habían refugiado, entregaron los castillos y las islas que tenían aún en su poder. Pompeyo hizo derribar ciento veinte fortalezas que coronaban las cimas de las montañas, desde la Caria hasta el monte Amano; quemar hasta mil trescientos barcos, destruir todos los astilleros, y siguiendo la política de moderación que había seguido en España, en vez de vender sus prisioneros de guerra, los estableció en ciudades despobladas, en Soli, Adana, Epifanía y Malo, como también en Dimes de Acaya y hasta en la Calabria. Virgilio vió en su niñez, cerca de Tarento, uno de estos piratas, el cual había vivido tranquila y felizmente en la tierra que Pompeyo le había asignado (6).

Noventa días tan sólo habían bastado para acabar esta guerra, poco temible ciertamente, llevada á feliz término, tanto con la prudencia y moderación del general, como con el acierto y rapidez de sus maniobras. Los romanos, pues, habían recobrado el imperio del Mediterráneo y podían ahora llamarlo con más razón *mare nostrum*.

Con eso y todo, la piratería no desapareció sino por cierto tiempo: nunca pudo Roma, ni aun en tiempo de los emperadores, extirpar completamente esta plaga. Durante la expedición de Gabinio á Egipto, las costas de Siria se verán muy castigadas por los forbanos; y hasta en nuestros días, aquellos mares sembrados de numerosas islas, de promontorios y puertos ocultos al pie de las montañas, han

(5) ΕΠΙΦΑΝΕΩΝ ΕΤ (902) 3C (año 206 de la era de Epifanía). Serapis sentado. Cerbero delante de él. Reverso de una moneda de bronce acuñada en Epifanía de Cilicia.

(6) Georgicon, IV, 125-148.

sido el último refugio de los corsarios, que las naciones cristianas expulsaron de los rincones más remotos del Océano.

Antes de la ley *Gabinia*, fué encargado Metelo de tomar la isla de Creta á los piratas. Bien que tuviera un mando independiente, Pompeyo pretendió que había perdido el derecho de combatir por su propia cuenta, que no era ya más que un teniente suyo, y le envió orden de suspender las operaciones. No fué esto solo; sino que un oficial

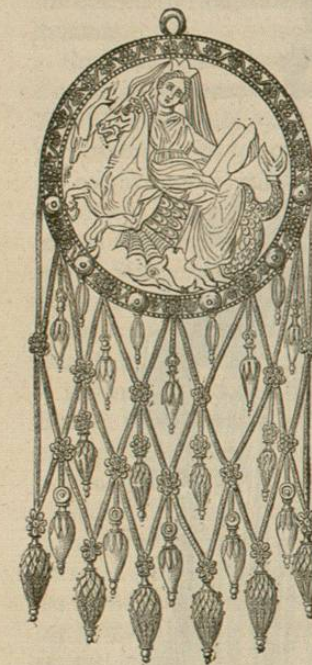
pompeyano, Octavio, fué á reanimar la resistencia de las plazas que Metelo sitiaba. «Afligió hasta á sus mejores amigos, dice un biógrafo, con tan mezquinos celos, que le hacían mirar como una usurpación hecha á su gloria todo triunfo obtenido por los demás.» Una injusticia más obvia acabó de sublevar contra él á la nobleza: arrancó de manos de Lúculo á Mitrídates vencido para reservarse el fácil honor de darle los últimos golpes.

## CAPÍTULO I

## ULTIMAS GUERRAS CONTRA MITRIDATES

## I—VICTORIAS DE LÚCULO CONTRA LOS REYES DEL PONTO Y DE LA ARMENIA (74-46).

Después de su entrevista en Dardano con Sila, volvió Mitrídates á sus Estados, donde por todas partes estallaban sublevaciones y tumultos. Los pueblos de la Cólquide querían á uno de sus hijos por rey, y él los complació; pero pocos días después, lo hizo prender, cargar de cadenas de oro y decapitar. En el Bósforo Cimerio, le negaban obediencia las ciudades y para castigarlas reunió un ejército tan numeroso, que Murena, que se había quedado en Asia con el carácter de propretor y el mando de las dos legiones de Fimbria, hubo de apartar inquietud, como si se creyera amenazado (83).



Joya del Bósforo Cimerio (1)

Él también quería luchas, una victoria, un triunfo, y sus soldados pedían botín. Invadió, pues, la Capadocia que Mitrídates no había evacuado aún y tomó la ciudad de Comana, cuyo famoso templo entró al pillaje. Quejándose el rey de esta agresión que violaba el tratado concluido con Sila, contestó el propretor con mucho sosiego, que el tratado no estaba escrito, lo cual era cierto, y no conocía sus cláusulas. Y continuó avanzando hasta penetrar en el Ponto.

Pero fué batido, y tuvo que reparar el Halis en completo desorden. Ya el ejército pónico tocaba la frontera de la provincia, cuando un enviado del dictador vino á suspender las hostilidades y á restablecerlo todo en el antiguo estado (81).

Sila tenía bastantes guerras y glorias y quería acabar en paz; y por eso procuraba evitar cuanto hubiera podido traer una perturbación á Oriente. El mismo año 81, un

(1) Adorno de pedrería (mitad menor que el original) encontrado en el sepulcro de una sacerdotisa de Demeter, de una labor admirable. (*Antig. del Bósf. Cim.*, p. XIX.)

Tolomeo, Alejandro II, legó á los romanos dos reinos, Egipto y Chipre (2); el dictador se contentó con reclamar el dinero depositado en Tiro por el príncipe difunto y dejó á dos hijos naturales de Tolomeo VIII Latiros compartir la herencia.

Mitrídates también tenía necesidad de paz para robustecer su autoridad quebrantada por tantas derrotas y reparar las grandes pérdidas que le había causado la guerra. Por espacio de algunos años no se ocupó sino en someter otra vez el Bósforo Cimerio, cuya administración confió á su hijo Macarés, y en domar á los pueblos bárbaros establecidos entre la Cólquide y la laguna Meotis. Pero en cuanto supo la muerte de Sila (78) excitó indirectamente á Tigranes, rey de Armenia, á invadir la Capadocia. Este príncipe tomó su capital, Mazaca, al pie del monte Argeo, y se llevó de este reino trescientos mil habitantes para poblar su nueva capital Tigranocerta. La cesión que Nicomedes III, ya moribundo, hizo de la Bitinia al senado (74), decidió á Mitrídates á entrar también en pugna. Fuera de esto, la ocasión parecía también favorable. Los mejores generales y casi todas las fuerzas de Roma estaban ocupadas en España contra Sertorio; los dardanos (servios) y los tracios desolaban con sus correrías y pillajes la Macedonia y toda la península oriental (3); los piratas cubrían el mar, y los bitinios, á quienes los publicanos sublevaron contra ellos en pocos meses, llamaban al rey del Ponto en su ayuda y liberación. Sin perder tiempo comenzó á hacer grandes preparativos: todos los pueblos bárbaros desde el Cáucaso hasta el monte Hemo, le suministraron auxiliares; romanos proscritos por Sila ejercitaron sus tropas y Sertorio le envió oficiales (74); ya dijimos en otro lugar á qué condiciones.

Lúculo era entonces cónsul con M. Cota, y pretendió la dirección de esta guerra. Lejos de haber pasado, como se

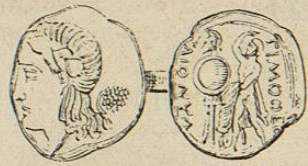
(2) Cic. *de Lege agrar.* II, 16; sin embargo, añade: *Dicitur contra, nullum esse testamentum*. En Roma era absoluto el derecho de testar, y el arte de captar un testamento llegó á ser una industria muy corriente. El senado hizo como los particulares, y testamentos hábilmente obtenidos le valieron tres reinos, el Asia pergamense, la Bitinia y la Cirenaica. El rey de Egipto fué seducido de la misma manera; pero Sila no quiso reivindicar una herencia que hubiera sido menester conquistar. Dejése dormir el asunto sin olvidarlo, porque el 63, el tribuno Rulo comprendió en su ley agraria las tierras del dominio real de Egipto.

(3) Conquista de parte de la Dalmacia y toma de Salona después de un sitio de dos años por el procónsul G. Cesconio (78-77; laboriosas campañas de Apio Claudio, gobernador de Macedonia (78-76) y de G. Escribonio (75-73) contra los tracios y los dardanos; expediciones afortunadas de M. Lúculo, hermano del vencedor de Mitrídates, contra los pueblos de la Tracia, de los Balkanes y de la orilla derecha del Danubio, y sumisión de las ciudades griegas de la costa del Euxino (72-71).

ha supuesto, en los placeres y el estudio una juventud inútil para el Estado, no había dejado el arnés durante diez años. El 90 servía en la guerra Social; el 88, precedió á Sila á Grecia con el cargo de procestor, y en el Peloponeso hizo acuñar con la mayor integridad toda la moneda que su ejército necesitó durante la guerra Pónica. Su general no tenía flota para disputar la mar á las fuerzas enemigas: en medio de mil peligros fué á Creta, á Cirene, á Egipto, á Chipre, á Rodas, á Cos, á Cnido, etc., recorriendo así á través de los corsarios y de las flotas reales, todo el



Moneda de Comana (1)



Moneda de Heraclea de Bitinia

Mediterráneo oriental para reunir barcos. Lo consiguió al fin, é hizo una importante diversión alentando á las ciudades griegas del Asia en su alzamiento contra Mitridates. En Quios y en Colofón, ayudó á sus habitantes á expulsar sus guarniciones, y si después dejó escapar al rey encerrado en Pitana, por no dar á Fimbria el honor de terminar la guerra, batió dos veces sus flotas y abrió á Sila el camino del Asia.

Encargado de repartir el impuesto de guerra, de veinte mil talentos, lo hizo con la mayor equidad. Muchas ciudades, sin embargo, se resistían aún, y él dispersó en dos encuentros á los mitilenios y á los eleatas, y no volvió á Roma hasta fines del año 80, bastante tarde de intento para no mezclarse en las proscripciones.

El dictador lo recibió con la mayor distinción. Sus acciones los acercaban, pues los dos gustaban de mezclar las recreaciones del espíritu con los refinamientos del lujo, y Sila le dejó, con la tutela de su hijo, el cuidado de revisar, antes de publicarlos, los Comentarios que había escrito en griego.

Pretor el 77 y cónsul el 74, combatió así por respeto á la memoria de Sila, como por celo en favor del partido de los nobles, los esfuerzos del tribuno Quincio, cuyo silencio acaso compró.

La suerte hubo de darle por provincia consular la Cisalpina, mientras que á su colega le tocó la Bitinia. Pero entretanto, habiendo muerto el procónsul de Cilicia, solicitó y obtuvo Lúculo su provincia. Su ejército, que constaba de unos treinta y dos mil hombres, se componía de reclutas sin experiencia y veteranos de Fimbria, sublevados ya dos veces y habituados á la mayor licencia. Como Escipión y Paulo Emilio, empezó por ejercitar sus tropas, por restablecer la disciplina, y marchaba ya contra el Ponto, cuando supo que Mitridates, después de haber atraído á su alianza á la república de Heraclea, invadía la Bitinia con cien mil hombres de á pie, seis mil de á caballo y cien carros de guadaña, mientras una flota de cuatrocientas velas procuraba combinar sus movimientos con los del ejército de tierra; que todos los publicanos eran asesinados por los naturales; que Cota, obligado á combatir por tener él solo el honor de vencer, había sufrido dos derrotas en un día,

(1) Belona, diosa de Comana, apoyada en un escudo y armada de una maza. Es posible que esta moneda pertenezca á la Comana Pónica. (Millingen: *Anc. coins of Greek cities*, p. 67.)

una por tierra y otra por mar, y que estaba estrechamente bloqueado en Calcedonia.

Los oficiales de Lúculo le aconsejaban que lanzara el ejército sobre la Capadocia y el Ponto, que había quedado sin defensa. «Prefiero, contestó el general, prefiero salvar un romano á obtener del enemigo fáciles despojos. Después de todo, ¿qué viene á ser eso de dejar la fiera para ir á tomar su madriguera abandonada?» Y marchó en socorro de los sitiados. Pero á vista del inmenso número de tropas reales, juzgó prudente no empeñar una acción general y tomó posiciones favorables para estorbar los abastecimientos.

En la antigüedad, mucho más que hoy, hacer vivir grandes masas de hombres era un problema muy difícil; los romanos, sin embargo, sabían resolverlo poco más ó menos; los bárbaros ni lo sospechaban siquiera. Lúculo trazó su plan de campaña sobre este dato: tener su pequeño ejército en la abundancia é impedir que se aprovisionara el grande ejército enemigo.

En la montuosa península, cuyo extremo ocupa Calcedonia, Mitridates careció de víveres muy pronto: para encontrarlos se extendió hacia el Oeste por la Misia y procuró tomar á Cícico por sorpresa. Lúculo le seguía: acampado á



La Bitinia cautiva (2)

espaldas del ejército real en una buena posición, interceptó los caminos y esperó que el hambre le suministrara un medio para dar buena cuenta de aquella multitud. La ciu-

(2) Estatua de la colección Blundell. (Clarac: *Mus. de escult.* p. 768 A, núm. 1906 A.)

dad era fuerte y fiel á los romanos; y sobre esto, algunas tropas que Lúculo pudo introducir en ella y la vista de su campamento, que los habitantes descubrían desde lo alto de sus muros, sostenían su valor.

Después de haber vivido de todo lo que el campo podía suministrar, hasta de los cadáveres de sus prisioneros, los sitiadores fueron diezmados por la peste y el hambre. Un gran destacamento que formó Mitridates para buscar víveres, fué sorprendido en el paso del Rindaco y perdió quince mil hombres. Uno de sus tenientes, que debía inquietar á los romanos en sus comunicaciones, fué también batido en Frigia por el príncipe galata Deyotaro. Entre este campamento inmóvil y aquella plaza inexpugnable, veía Mitridates perecer su ejército sin poder combatir, y en esta situación se resolvió á huir en sus barcos, dejando que las tropas de tierra salieran como pudieran de las manos del enemigo.

Las abandonadas tropas tomaron la dirección del Eesepo y del Gránico, que aumentados por las lluvias las detuvieron en su marcha, y alcanzándolas entonces los romanos, hicieron en ellas gran matanza: el resto huyeron á Lamaco. Algunos barcos del rey cruzaban aún por las aguas de la Propóntide y por las costas de la Tróade: Lúculo armó dos galeras, los persiguió y echó á pique. En uno de estos encuentros, apresó á Vario, el agente de Sertorio, y le dió muerte ignominiosa (73). Sus cautivos eran tan numerosos que en su campamento se tenían esclavos por cuatro dracmas.

Entretanto Mitridates huía hacia el Euxino. Un oficial á quien el procónsul había ordenado cerrar el Bósforo de Tracia, se descuidó hasta el punto de celebrar las fiestas y hacerse iniciar en los misterios de Samotracia, y cuando el rey se presentó á la entrada del estrecho, estaba libre el paso; pero la tempestad destruyó su flota y tuvo que entrar en Heraclea del Ponto á bordo de un corsario. De allí pasó á Sínope y á Amisos, desde donde solicitó de su hijo Macarés y de su yerno Tigranes que le enviaran prontos socorros. Pero Diocles, á quien encargó llevar grandes cantidades á los escitas, se pasó á los romanos.

Dejando Lúculo á Cota que sometiera las ciudades de Bitinia, pasó el Halis, el río principal del Asia Menor, y penetró en el Ponto, siguiéndolo treinta mil galatas con provisiones para su ejército. Con intención de atraer al rey á una batalla, antes de que le llegara el refuerzo que esperaba, devastó el procónsul el país, y se detuvo mucho tiempo en el sitio de Amisos, á pesar de las murmuraciones de los soldados (73-72). En la primavera, al aviso de que el rey había reunido cuarenta y cuatro mil hombres en Cabira, casi en las fuentes del Halis, en las montañas que separan el Ponto de la Armenia, fué á buscarlo con tres legiones. Un traidor le abrió los caminos que conducían á los reales de Mitridates. La caballería pónica arrolló al principio á la romana, y por poco no muere Lúculo asesinado á manos de un escita que se había pasado á sus tropas fingiéndose tráfuga. Pero luego que hubo reconocido el terreno, volvió á la táctica que tan buenos resultados le diera delante de Cícico y á fuerza de combates parciales cercó al enemigo, cortándole las comunicaciones.

Ya pensaba Mitridates en tocar retirada, cuando un terror pánico sobrecogió á sus tropas: para huir más fácilmente derribaron los muros del campamento; pero las legiones se echaron encima y sólo pudo salvarse el rey recurriendo al ardor de sembrar sus tesoros por el camino para entretener á los que de cerca lo perseguían.

Antes de pasar la frontera de Armenia, donde iba á pedir asilo á Tigranes, recordó el déspota que había dejado

á sus hermanas y á sus mujeres encerradas en Farnacia y quiso más bien que murieran que no que cayeran en manos del vencedor. Uno de sus eunucos fué á llevarles la orden fatal. De sus dos hermanas, una tomó veneno maldiciendo á su hermano; la otra le agradeció que hubiera pensado en librarla de los ultrajes de la soldadesca. La más amada de sus mujeres, aquella hermosa Mónica, que quince años antes había trocado la libertad y las elegancias de la vida griega por la servidumbre del harem, quiso estrangularse con la misma diadema que su esposo había ceñido á su frente; pero demasiado fina se rompió. Pisoteándola entonces con desprecio: «¡Funesto andrajol! exclamó. ¿De qué me has servido? Ni aun ahora puedes ayudarme á morir!» Y se arrojó sobre la espada que el eunuco le tendía.

Después de la victoria de Cabira, penetró Lúculo hasta los pueblos inmediatos á la Cólquide. Algunas plazas se resistían aún á espaldas de él, como Amisos, defendida por el ingeniero Calímaco, y Heraclea que entretuvo dos años al procónsul Cota. Situadas en medio de los bárbaros, estas ciudades griegas se habían rodeado de fortificaciones de que no sabía triunfar el arte de aquel tiempo, y quedándose abierto el mar no tenían que temer el hambre. Sin embargo, cuando se vieron sin esperanza de socorro, hubieron de someterse.

Después de haber arreglado la administración del Ponto y tratado con Macarés, que no se avergonzó de enviar una corona de oro al vencedor de su padre, volvió Lúculo á Efeso á pasar el invierno.

La provincia tenía ya necesidad de su presencia, devorada como estaba por los publicanos y los usureros. No había podido pagar aún la contribución de guerra impuesta por Sila, ó más bien la había pagado ya seis veces por la acumulación de los intereses y las exacciones de los arrendatarios del impuesto. La desolación era general: así cuando Lúculo fijó el interés del dinero en 1 por 100 al mes, prohibió cobrar el interés del interés y abandonó al acreedor una cuarta parte no más de los productos del deudor, las bendiciones del pueblo le impidieron oír los violentos abrenuncios de los codiciosos publicanos. Pronto lo veremos expiar esta hábil y generosa conducta.

Hacia muchos meses que había enviado á su cuñado Apio Clodio (2) á reclamar de Tigranes la extradición de Mitridates. Dueño de la Armenia, vencedor de los partos, rechazados á las profundidades del Asia, y conquistador de la Siria, donde la dominación de los Seleucidas acababa de desaparecer vergonzosamente, Tigranes era entonces el rey más poderoso del Oriente. Tenía bajo su cetro todos los caminos militares y comerciales del Asia anterior: por la Media Atropátene y los valles superiores del Tigris y del Eufrates, los del Sur; por la Siria, la Cilicia oriental y una parte de la Capadocia, los del Oeste. Por donde quiera que lanzara su grito de guerra, podía precipitar innumerables ejércitos cuyo impetuoso choque nada podía resistir al parecer.

Multitud de jefes famosos vivían en su corte como escl-

(1) Cabeza de Tigranes, rey de Armenia, ceñido de tiara. Tetradracma. Esta moneda, acuñada probablemente en Siria, lleva una inscripción griega.

(2) Este personaje era miembro de la gens *Claudia*, pero su nombre se encuentra ordinariamente escrito *Clodio*. Otros miembros de la familia firmaban igualmente.



Tigranes, rey de Armenia (1)

vos, y cuando salía cuatro reyes vencidos iban á pie delante de su carro, habiendo obligado á los partos á dejarle tomar el título de rey de los reyes, que parecía poner bajo su dependencia á todos los príncipes del Asia.

En tiempo de su prosperidad, Mitridates no había reconocido esta supremacía, por lo cual no había obtenido de Tigranes en la última guerra contra Roma, sino auxilios insignificantes, y ahora, cuando vino á refugiarse á la Armenia, fué recibido friamente. Pero la embajada de Clodio cambió sus disposiciones. El romano debía haber ido á Siria, donde el rey se encontraba entonces, y se le detuvo en Antioquia, con pretexto de que Tigranes acababa la sumisión de la Fenicia. Según los hábitos de las cortes orientales, esta detención había sido calculada, á fin de dar al em-



Lúculo (1)

bajador una alta idea del poder del monarca armenio y al mismo tiempo hacerle ver la diferencia ó distancia que mediaba entre la majestad del rey de los reyes y la autoridad meramente popular de la república.

Clodio, por su parte, había aprovechado la detención para anudar intrigas y relaciones con los jefes y las ciudades de aquellas regiones, y el rey de la Gordiena le prometió levantarse en armas, tan luego como Lúculo se presentara en son de guerra; promesa que algún tiempo después fué causa del exterminio de toda aquella raza real.

Cuando se realizó, en fin, la entrevista, declaró Clodio en pocas palabras, que había ido á reclamar la persona de Mitridates refugiado en la corte de Tigranes, y que de no entregárselo tenía encargo de declarar la guerra en nombre

(1) Busto dicho de Lúculo, en el Museo del Ermitorio. En el *Archaeolog. Zeitung*, nueva serie, t. VIII, cuad. 1 y 2, ha querido E. Schultze establecer la autenticidad de este busto.

de la república romana. Tigranes no había oído nunca un lenguaje tan sencillo y altivo al mismo tiempo, y contestó que aceptaba la guerra, y llamando á su lado á Mitridates á quien hasta entonces no había admitido en su presencia, le prometió diez mil hombres para volver á su reino, mientras él ponía en pie de guerra todas sus fuerzas.

Tigranes repetía la falta que había perdido á los reyes Filipo y Antioco. Mientras su suegro guerreaba para expulsar del Asia á los romanos, en vez de sostenerlo, fué á hacer la guerra á la Fenicia; y ahora que Mitridates estaba vencido y fugitivo, entraba en pugna con los romanos. Roma debía haber bendecido hasta su última hora la imprevisión de sus enemigos (70).

Lúculo no se espantó de una guerra que él mismo había provocado. Dejó seis mil hombres en el Ponto, y sólo llevó consigo tres mil jinetes y doce mil infantes, veteranos de las legiones fimbrianas, que seguían á pesar suyo á un general protector de los indígenas contra su avidez y hambre de pillaje (69). Con este pequeño ejército se dirigió á las provincias del Eufrates, recién conquistadas por Tigranes, y cuya población mezclada de griegos se veía con horror sujeta á un príncipe que hacía humillante la obediencia. Las inteligencias que Clodio había dejado en el país hubieron de aprovechar á Lúculo, el cual pasó sin ningún obstáculo el Eufrates y el Tigris, haciendo observar á sus tropas en todas partes la más severa disciplina.

Tigranes no podía creer tal y tanta audacia: el primero que le anunció la aproximación de las legiones pagó el aviso con su cabeza. Sin embargo, era preciso admitir que el enemigo no estaba en Efeso, como sostenían los cortesanos, y el poderoso é indignado rey dió orden para que fueran á castigar á aquellos temerarios é insolentes y le trajeran muerto ó vivo á su caudillo. La vanguardia de las legiones bastó para dispersar este primer ejército. Inquieto, en fin, el rey, se dió buena prisa en abandonar su capital y se retiró á las montañas, que separan las fuentes del Tigris de las del Eufrates, llamando alrededor de sus estandartes sus contingentes y los de sus aliados, desde el Cáucaso hasta el golfo Pérsico.

Luego que hubo reunido más de doscientos cincuenta mil hombres, y supo que Lúculo sitiaba la capital de su reino con un ejército tan despreciable por su escaso número, que no lo hubiera querido para su escolta ordinaria, rechazó los consejos de Mitridates y en vez de envolver á su enemigo y reducirlo á entregarse por hambre, corrió á presentarle la batalla.

Cuando su innumerable ejército coronó las alturas desde donde se descubre á Tigranocerta, dejó Lúculo á Murena seis mil auxiliares para impedir una salida, y con once mil hombres de á pie y alguna caballería, marchó al encuentro del rey. «Si vienen como embajadores, dijo Tigranes viéndolos en tan escaso número, son muchos; si como enemigos, muy pocos.» El general romano que acometía esta guerra con tanta audacia y temeridad, como prudencia y circunspección había mostrado enfrente del rey del Ponto, comenzó el ataque trepando él mismo á la cabeza de sus cohortes una colina que Tigranes no había creído necesario ocupar. Desde esta última se precipitaron impetuosamente los romanos sobre los diez y siete mil jinetes enemigos, los cuales no atreviéndose á esperar el choque, se echaron sobre sus masas de infantería introduciendo en ellas el desorden y el pánico.

Tigranes fué el primero que huyó del campo de batalla, cayendo en manos del vencedor su tiara y su diadema. Lúculo, por su parte, aseguraba no haber tenido más pérdidas que cinco hombres muertos y cien heridos. Una su-

blevación de los habitantes griegos de Tigranocerta facilitó el asalto, y con esto encontraron allí los legionarios, sobre un riquísimo botín, ocho mil talentos de oro acuñado y recibieron de su general 800 dracmas cada uno. Nunca había sido tan espléndidamente recompensada una victoria tan fácil.

Lúculo inverna en la Gordiena y en la Sofena aceptando la alianza con todos los príncipes de las cercanías y solicitando la de Fraates, rey de los partos. Este príncipe reclamaba de Tigranes la Mesopotamia y tenía que vengar en los armenios las grandes y prolongadas humillaciones de su casa; pero Tigranes le indicaba todos los troncos del Oriente igualmente amenazados por las victorias de las legiones, y un diputado de los romanos lo encontró indeciso entre los dos partidos. Lúculo no aceptó esta neutralidad y ordenó á sus tenientes en el Ponto que le trajeran sus tropas. Miraba con tal desprecio á aquellos reyes tan temidos en el país, que no temía penetrar en el corazón del Asia y atacar el tercer imperio. Pero sus oficiales y soldados, demasiado ricos ya para querer correr nuevos peligros, se negaron á seguirlo y tuvo que resignarse á terminar solamente la derrota del rey de Armenia.

El ejército de Tigranes reformado por Mitridates y compuesto sólo de sus mejores tropas, hubo de aparecer alrededor de Lúculo, rehuyendo el combate, y procurando sólo cortarle los víveres. A fin de sacarlo de este retraimiento, que era todo un plan de campaña, y obligarlo á aceptar la batalla, marchó Lúculo sobre Artaxata, la verdadera capital de la Armenia (1) que guardaba en su seno las mujeres, los hijos y los tesoros del rey. Tigranes lo seguía, mas por salvar su segunda capital y con ella su familia y riquezas, dió la batalla. El resultado fué idéntico al del año anterior (68).

Edificada, al parecer, Artaxata por Anfal, se alzaba á orillas del Araxes, al N. E. del monte Ararat, alta eminencia cuya cima, cubierta siempre de nieve, se oculta á más de cinco mil metros en las nubes. Cuando los vientos que pasan por aquellas nieves perpetuas descienden á los valles, el invierno llega de repente. Un frío súbito y una copiosa nevada atajaron al ejército romano en su marcha de persecución. Los soldados se negaron á permanecer en aquel rigoroso clima, y Lúculo tuvo que levantar el sitio de Artaxata y retroceder hacia el Sur á la Migdonia, donde tomó al asalto la plaza fuerte de Nisibe (67). Este fué el término de sus victorias.

Lúculo no había sabido, como Escipión y como el mismo Sila, suavizar con la afabilidad de las maneras el rigor del mando, y sus soldados no podían perdonarle la consideración de haberlos tenido incesantemente bajo la tienda de campaña los ocho años que duró aquella guerra, ni menos le perdonaban haberse avenido á sus expensas con las ciudades, en vez de tomarlas á viva fuerza, lo cual hubiera autorizado un lucrativo pillaje.

Su mismo cuñado, Clodio, noble de criminal audacia, los animaba á la rebelión con subversivas palabras. «No sois, les decía, no sois más que muleros de Lúculo, ni le servís más que para escoltar sus tesoros. Él hace el pillaje por su cuenta en los palacios de Tigranes y os obliga á respetar los que os da el derecho de la victoria.»

En Roma tenía Lúculo otra clase de enemigos, los publicanos, aquellas arpías que devoraban la sustancia de los pueblos y cuyas rapiñas habían reprimido las prescrip-

(1) Las ruinas llamadas *Trono de Tiridates (Takt-Tiridate)* cerca de la confluencia del Aras y del Cengue, marcan, según se cree, el sitio de Artaxata.

ciones de Lúculo. Desde que éste mandaba en Asia, la provincia se había restablecido de su postración; en cuatro años se habían pagado todas las deudas y desempeñado todos los bienes raíces. Pero olvidaba á Rutilio y aquella conjuración permanente que formaban los caballeros, dice Cicerón, contra los que pretendían reprimir su insaciable codicia. Omnipotentes otra vez, gracias á Pompeyo, estaban impacientes por vengarse del hombre que los obligaba á ser justos ó moderados, y mientras el ejército de Asia retenía á su general en forzada inacción, los publicanos, sostenidos por el antiguo tribuno Quincio, ahora pretor, le quitaban en Roma su mando y hacían decretar el licenciamiento de la mayor parte de sus tropas (67).

## II. — POMPEYO SUCEDE Á LÚCULO EN EL MANDO DEL EJÉRCITO DE ASIA (66).

Mitridates y Tigranes se aprovecharon de estas discordias para volver á sus respectivos Estados; y el rey del Ponto hasta batió á un caudillo romano matándole siete mil hombres, ciento cincuenta centuriones y veinticuatro tribunos (67). Otro hubiera tenido la misma suerte, á no haber recibido Mitridates en medio del combate una herida de manos de un tráfuga. La llegada de Lúculo, que había conseguido por la última vez arrastrar á la lucha á sus soldados representándoles la mengua y vergüenza que había en abandonar á sus camaradas en el peligro, tuvo á raya al rey del Ponto, el cual con poco esfuerzo fué rechazado á la Armenia Menor; pero no quisieron perseguirlo. En vano descendió al ruego el general: más dueños que él en su campamento, llevaron la insolencia hasta el punto de decirle que fuera él solo á buscar al enemigo, si tantas ganas tenía de pelear. Ni consintieron en permanecer á sus órdenes, sino á condición de no salir del campamento, y esto sólo hasta fines del estío.

Mientras tanto los dos reyes volvieron á tomar la ofensiva. La Capadocia fué invadida, todo romano expulsado del Ponto, el procónsul Glabrión batido, puesto en fuga y perseguido hasta la Bitinia. Cuando llegaron los comisarios encargados por el senado de organizar en provincias las nuevas conquistas, todo parecía perdido, todo ó casi todo se había de ganar otra vez.

En efecto, por la incuria del gobierno, que durante ocho años había tenido abandonados á sí mismos á los que por él se batían en los extremos del imperio, las mejores campañas que un general romano hubiera dirigido hasta entonces, las más admirables victorias que las legiones hubieran jamás ganado, venían á ser inútiles, y en la primavera del año 66 la situación era tan difícil como lo había sido en el 74. Sólo que se sabía ahora mejor lo que valían las hordas asiáticas, y se tenía la seguridad de terminar estas guerras el día en que se quisiera resueltamente.

Pompeyo, que había acabado con los piratas, se encontraba al frente de considerables fuerzas en la Cilicia. De mucho tiempo atrás, sus amigos de Roma le destinaban la conducta y dirección de esta guerra, y el tribuno Manilio propuso formalmente que se le enviara contra Tigranes y Mitridates con poderes ilimitados sobre el ejército, la armada y las provincias de Asia. El senado repugnaba aceptar esta ley, que continuaba el reinado de un tráfuga del partido de los nobles; pero la ceguera del pueblo y de los caballeros le presagiaba una nueva derrota, si se resistía: prefirió pues renunciar al derecho que Sila le había dado del examen previo de las proposiciones legislativas. Unicamente Cátulo habló largo tiempo sobre la rogación; y cuando observó que el pueblo escuchaba sin entenderlo: «Pues que